



■ Nayibe Peña Frade ■

**La vida cotidiana:
lecho y sarcófago, refugio y prisión**

158

Cirafia

Nayibe Peña Frade

La vida cotidiana: lecho y sarcófago, refugio y prisión

Artículo de reflexión

Entregado: Agosto 29 de 2008

Aprobado: Octubre 31 de 2008

Resumen

Este artículo es una revisión de tema, en él se presenta una descripción elemental de algunos de los conceptos que han utilizado diversas disciplinas de las ciencias sociales para hacer cognoscible la estructura de la vida cotidiana. Se pretende insinuar al lector no especialista la complejidad que hay en la vida cotidiana, y la importancia que adquiere para comprender y valorar la relación estrecha entre individuo, sociedad y cultura. Se espera inducir reflexiones acerca de problemas actuales de la sociedad colombiana, como la conflictividad y las múltiples manifestaciones de diversas formas de violencia, desde perspectivas no convencionales.

Palabras clave

vida cotidiana, prejuicio, imaginario, rol, socialización, éxito.

Daily life: bed and sarcophagus, refuge and prison

Reflection Article

Abstract

This article is a topic review, in it a basic description of several concepts used by different disciplines in the field of social sciences to make the structure of daily life cognizable is presented. It is attempted to familiarize non-specialist readers with the complexity of daily life and to help them understand and value the strong relationship among the individual, society and culture. It is expected that this article induces reflections from non-conventional perspectives about recent problems of the Colombian society, like the conflict and multiple manifestations of diverse forms of violence.

Key words

daily life, prejudice, social representation, role, socialization, success

Presentación



Este artículo tiene dos características que deben hacerse explícitas antes de que el lector inicie su lectura. La primera es que fue escrito para que un grupo de estudiantes de Derecho creara interés y motivación para ver los conflictos desde la cultura y no desde la infracción a la norma; si bien en ese contexto el tema de la vida cotidiana no es más que una parte accesoria del sentido final de una asignatura, cobra importancia porque en el programa de dicho curso se lo presenta como la bisagra entre individuo y cultura.

Aunque desde mediados de los años setenta las ciencias sociales han empezado a acumular una vasta producción académica sobre la estructura, los mecanismos y los efectos de la vida cotidiana en el individuo y la sociedad, yo no disponía de un ensayo de síntesis, corto, sencillo y escrito en un lenguaje no especializado que no sólo fuera de fácil lectura para los estudiantes, sino que les permitiera acercarse a la complejidad y múltiples, e inquietantes, implicaciones de la vida cotidiana. Por esa razón lo escribí para ellos.

La segunda característica es que en el presente artículo no se cita bibliografía ni se mencionan autores, sin embargo está basado en el estudio de algunos clásicos en la materia que he venido leyendo o trabajando desde 1990, época en la cual me acerqué por primera vez a este tema y a las metodologías etnográficas para llevar a cabo mi

trabajo de pregrado. Al final se lista una bibliografía relacionada o pertinente.

I. La rígida estructura de lo etéreo

Lo cotidiano es la esfera inmediata de vida, el segmento de tiempo y espacio que me pertenece y está bajo mi control, la manera como experimento cada día, la rutina en la que me sumerjo. La cotidianidad es la acumulación lenta de los días y los hábitos; de los acontecimientos y las situaciones que se repiten, siempre iguales; de lo que se hace tantas veces y de la misma forma, sin pensarlo realmente.

La cotidianidad es el reino de la acción sobre la reflexión, de lo conocido y lo evidente sobre lo sorpresivo; es el ámbito de las actitudes y conductas que se vuelven **hábitos**¹. A lo cotidiano corresponde una **actitud natural** que se basa en creer que el mundo y la realidad son como los percibo a través de los sentidos, que son verdaderos y auténticos porque siempre los he visto así, o han cambiado muy poco.

En lo normal del día a día no urge preguntarme acerca de la causa, la razón o la naturaleza de casi nada porque, respecto a muchas cosas que pasan creo que "son así" y que "así es como deben ser". No gasto tiempo en pensar sobre lo que me parece natural y evidente, mucho menos si es lo acostumbrado; no es práctico hacerlo porque no son asuntos importantes. Además, si pese a su futilidad me lo preguntara, y la respuesta que me de no me placiera, tengo de antemano la certeza de que no está a mi alcance cambiarlos.

Por algo parecido tampoco pongo en duda que comprendo a las demás personas: hacen lo mismo que yo, lo bueno y lo malo que les sucede es muy similar a lo que me pasa a mí, si les pregunto me doy cuenta que desean y temen parecido. Me digo entonces: si todos hacemos casi lo mismo, tenemos más o menos las mismas necesidades, estamos sujetos a parecidísimos estímulos y reaccionamos bastante

¹ En cursiva y negrilla aparecen los nombres de los conceptos principales que forman la estructura analítica de la vida cotidiana. Más que definirlos, en el artículo se "narran" o describen.

igual, es difícil pensar que no pueda entender a alguien, tendría que ser una persona muy distinta a mí. Por tanto, de las personas también puedo decir que “son así”, o que “son como son”.

Esa apariencia compartida por todos de que la realidad es clara, rutinaria y predecible, y de que las personas son iguales a nosotros, que son “gente como uno”, se convierte en la certidumbre colectiva acerca del mundo y las personas. Esa convicción fuera de toda duda es la que me permite acumular **conocimientos de receta**, es decir, prácticas que repito o medidas que aplico en todas las situaciones que parecen similares a otras que ya conocí. Lo fijo y recurrente de la rutina me permiten dar por hecho que si un acontecimiento pasado y otro actual se asemejan en algo y, por esa razón, aplico ahora un procedimiento que ya utilicé, voy a obtener el resultado que obtuve entonces. Esa es la base de la mayoría de nuestras decisiones y acciones.

En la cotidianidad las situaciones, las gentes y los hechos se definen y ordenan según los rasgos más generales que los equiparan a otros ya acontecidos; una vez identifico su similitud con algo ya ocurrido, los clasifico y les asigno una importancia determinada. De esa forma convierto situaciones, gentes y hechos heterogéneos en **situaciones típicas** en las que empleo un específico procedimiento de receta.

Una gran parte de los conocimientos que aplico a las circunstancias de cada día la he adquirido por la experiencia, pero no sólo por la mía sino por la de otros, de la que me entero por relatos que escucho, y que reconozco como experiencia verosímil, funcional y eficaz en determinada situación. Así pues, en la vida cotidiana sólo me detengo a pensar aquello que se sale de lo común, que no tiene ningún antecedente y, por tanto, me es desconocido.

En la vida cotidiana creemos que es verdadero todo aquello de lo que no dudamos. También opinamos que

es válido lo que es efectivo y es efectivo lo que nos soluciona o evita problemas o esfuerzos adicionales, eso que acerca o propicia la consecución de nuestros fines, o lo que nos asegura la aprobación del grupo al que pertenecemos. Como esa forma de actuar me ha funcionado hasta ahora, sigo haciéndolo así, sólo cambiaría de método si no obtuviera el resultado previsto. De esa manera, en la vida cotidiana terminan por ser homólogos verdad y acierto, pensamiento y acción.

Ejemplos: la forma como distribuyo el tiempo del que cada semestre dispongo para estudiar; cómo priorizo mis gastos o cuál recibo dejo vencer; a quién de los que me hablan le pongo plena atención y a quién dejo de atender porque ya no me interesa lo que dice; de qué tipo de personas, de calles o de situaciones desconfío, la manera como supero las penas de amor, la estrategia que uso para desquitarme...

2. Pedagogía de la reiteración

Los conocimientos de receta y la actitud natural son posibles porque el individuo desarrolla con el grupo y con la sociedad una relación de **mimesis**, es decir, de imitación de conductas, prácticas, formas de pensar y expresar, creencias y percepciones que facilitan la integración y pertenencia sin roces. Así es como me construyo una identidad: me porto como lo hacen los otros miembros de un grupo y por eso ellos me reconocen y me tratan como su igual. Esa imitación no es deliberada y

conciente sino una interiorización de conductas y concepciones que dura toda la vida de un individuo. Uno se forma como miembro de un grupo –grande como un país, chico como una secta- a través de la socialización en diversas instancias, las principales y “clásicas” instancias socializadoras son la familia, la escuela y el trabajo.

Aprender a ser parte competente del grupo en el que nací o al que escogí vincularme es saber diferenciar ocasiones y comportarme en cada una como es debido. Es conocer las innumerables reglas que regulan tanto el trato que se espera que otorgue a los demás, como el que puedo y debo recibir de ellos según su jerarquía o autoridad respecto a mí. Es no ignorar cuáles son las formas y razones definidas por el grupo para agredir, irrespetar, contrariar, ofender o herir a sus propios miembros o a los de otros grupos, y cuáles las consecuencias de hacerlo cuando no corresponde. Es estar al tanto de cómo se corteja, se consuela o se expresan la decepción o la solidaridad, o hasta dónde pueden llegar la complicidad o la afectuosidad. Ese conjunto de prácticas son los **usos** que diferencian a unos grupos de otros y permiten una rápida identificación de los propios y los ajenos.

“Imitar” hace parte de los medios que han utilizado los seres humanos para crear y mantener una sociedad y una cultura. Buena parte de la vida social es aprendida por imitación y por eso se vuelve habitual y se naturaliza. Con frecuencia ser parte de una sociedad

termina reduciéndose a cumplir hábitos, observar costumbres y participar en ceremonias, aunque sea de una forma mecánica, ritual o instintiva. Es la reproducción social.

Si lo cotidiano es una secuencia de acciones y reacciones que se repiten y que, por eso mismo, arrojan resultados conocidos, entonces los conocimientos más valiosos son los que pueden convertirse en una acción eficaz, y ésta última lo es porque da el resultado esperado, el que necesitaba para realizar mi objetivo particular. En el día a día no tengo el tiempo ni la necesidad de experimentar formas nuevas para lograr lo que quiero, menos aún si ya se qué hacer porque lo hice antes, o conozco lo que han hecho otros para obtener algo equivalente o idéntico a lo que se me ocurrió a mí.

En el reino de la acción, la actitud más adecuada es disminuir el contexto a generalidades; el paso previo para actuar sobre él es convertirlo en típico, en ya conocido porque entre menos tenga que pensar, mejor. En esta **economía del pensamiento** se manifiesta la actitud pragmática. La imitación y la reiteración propias de la vida cotidiana son las que muestran a la realidad social como “natural”, “dada” y clara. Las **ultrgeneralizaciones** son diagnósticos rápidos, simples y unívocos (no importa si son veraces) que me muestran sin lugar a dudas las decisiones y acciones que debo tomar o emprender.

En la vida cotidiana quiero actuar con presteza y poca o ninguna posibilidad de error; la manera más segura de hacerlo es repetir lo que ya dio resultados favorables en situaciones parecidas. Ultrageneralizar es eliminar detalles, simplificar, despojar de especificidad; es una operación mental estratégica que convierte lo que me rodea en conocido y familiar y, de esa forma, en comprensible y manipulable. El mecanismo consiste en dar por hecho que la parte tiene las mismas características del todo al que parece pertenecer, o que se puede incluir dentro de un conjunto ya

conocido a un elemento que posee alguno de los rasgos que definen a los demás componentes de dicho conjunto. Ultrageneralizar también es situar en una sola categoría, y afincarlo allí, a un elemento aún cuando posea características que lo podrían señalar como parte de otras.

Ejemplos emblemáticos: todos los hombres son iguales, los políticos son corruptos, las mujeres son más emotivas que racionales, los sindicatos quiebran las empresas, los bachilleres de colegios públicos salen mal preparados, los desplazados aumentan la inseguridad...

Un resultado de las ultrageneralizaciones, y a la vez un insumo para hacerlas, son las **representaciones sociales**, a las que también se les da el nombre de **imaginarios**. Son el retrato que se hace un grupo social de otro y que da por cierto, fijo y exacto; cada individuo cree de las personas lo mismo que juzga de ellas el grupo del que hace parte. No es sólo una opinión, es una explicación de cómo son y por qué son así; la representación social se convierte en una valoración de los otros que los sitúa respecto al sujeto o grupo que los valora. Los imaginarios determinan en gran parte con quién me relaciono y con quién no, quién me parece “gente como yo” y a quién considero diferente; por ellos puedo clasificar a los extraños y distintos como neutros, peligrosos, repulsivos o interesantes. Asumiré a unas personas como inferiores a mí, y a otros como superiores, por estos últimos sentiré envidia, recelo, temor o respeto, por los primeros, lástima, vergüenza, prevención o desconfianza.

3. Estigmas, viacrucis y condenas

Se infiere así que las representaciones sociales son el origen y fundamento primario tanto del trato que damos a los demás y del que recibimos de ellos, como la explicación de porqué los otros aceptan esas maneras o porqué las tolero yo. Pero, puesto que en la vida cotidiana tiene gran importancia

la generalización, me tratarán según aquellos a quienes me parezca y recibiré el trato que a ellos se les da. Si me asemejo a esas personas por azar o por un rasgo que no depende de mi voluntad, tendré que hacer un esfuerzo muy grande por demostrar que en verdad no soy como ellos y que, por lo tanto, no merezco ser tratado así. En esos casos seré víctima de un **estereotipo**.

Ejemplos hay miles: la representación social de género (ser mujer u hombre, ser homo, bi o heterosexual), etárea (ser infante, adolescente, joven, adulto o viejo), étnica (ser indígena, afro, mestizo o blanco), regional (ser “pastuso”, “costeño”, “boyaco”, “paisa”, “gringo” o “veneco”), ideológica (ser “facho”, “mamerto”, “plástico” o “nerds”), ocupacional, gremial, estética...

Un trato estereotipado es el que recibo cuando me asumen como parte de un colectivo del que circulan imaginarios sociales negativos o desvalorizantes y me transfieren a mí todas las características negativas que se le atribuyen a ese grupo. También cuando se toman en cuenta sólo los rasgos más negativos de ese conglomerado, aquellos que lo destacan, no sólo como diferente sino como portador de una particularidad (conducta, creencia, estilo, fenotipo, lenguaje, expresión corporal, procedencia) que genera sentimientos o reacciones de repudio, rechazo, desprecio, sorna o miedo. **Estereotipar**

a una persona es suponerla idéntica a lo que creemos de ella, pedirle o esperar de ella siempre lo mismo, estar tan seguros de saber lo que siente y lo que piensa que ni siquiera pensamos en confirmarlo.

La representación social que yo tenga de los otros determina si me junto o no con ellos y para qué, explica mi actitud hacia ellos, la naturaliza y justifica y de esa forma la vuelve un conocimiento de receta. A partir de los imaginarios no sólo me explico las formas de ser o de hacer de alguien, sino que anticipo sus acciones y me prevengo, me aseguro o me confío. La importancia que tienen las representaciones sociales es que permiten que cada individuo le otorgue significado, orden y sentido al mundo social que lo rodea.

De las ultrageneralizaciones y estereotipos se derivan los **prejuicios**, que son juicios de valor acerca de los otros, que las personas y grupos insisten en dar como ciertos a pesar de que la razón, la ciencia o su propia experiencia hayan demostrado su falsedad. Los prejuicios son sociales y desde ahí son incorporados por el individuo; la persona perjudiciada muy rara vez ha experimentado por sí misma lo que cree verdadero, como no duda de que sea cierto, no siente ningún interés en comprobarlo. El que sea una afirmación compartida por muchas personas es lo que hace que se tome como verídica.

Actúo con prejuicio cuando no puedo ponderar -o no estoy dispuesto a hacerlo- lo que hay de particular en un

individuo que se parece o hace parte de los miembros de un grupo que me genera desconfianza, rechazo o animadversión; cuando le doy a un ser humano el mismo tratamiento que le daría a otro cualquiera que haga parte de dicho grupo aunque éste tenga algo distinto. Cuando restrinjo o condiciono el trato hacia alguien por parecerse o ser parte de... cuando no dudo de que es aceptable, legítimo o moral utilizar formas de violencia simbólica, verbal, gestual o física contra un grupo o un individuo.

Porque los prejuicios se convierten en pasión colectiva, en sentimiento o en doctrina político-religiosa, la humanidad ha vivido situaciones tan atroces como los *progroms*, las *ratzias*, el *apartheid*, los etnocidios, los campos de concentración, las depuraciones étnicas, linchamientos y torturas; el desmesurado crecimiento de los *ghettos* en todas las ciudades es otro ejemplo indignante de prejuicios convertidos en dogma y programa político.

Los prejuicios determinan el curso de la acción y las formas de relación social; hacen parte de los conocimientos de receta y sirven porque permiten a las personas actuar de manera rápida y segura, las eximen de hacer su propio diagnóstico porque adoptan para sí el que ya está hecho, no importa si es injusto o estúpido. En la esfera de lo cotidiano lo de menos es si algo es o no verdadero, importa que las personas actúen como si lo fuera.

4. Mores y humores

El universo cotidiano es previo y sobrevive al individuo. Al nacer entré a un mundo que ya existía y tenía una estructura determinada; los cambios que puedo introducir en él son nimios, cuando yo muera el mundo seguirá tal cual como lo dejo, mi deceso no hará mayor diferencia. Es por esa percepción de permanencia inalterable de la realidad social, casi de eternidad inmutable, que la naturalizamos; creemos que los fenómenos sociales están dados, que son espontáneos, que siempre han sido así, tan

perpetuos e impasibles como el mar, las cordilleras o las estrellas.

En la vida cotidiana la complejidad y riqueza de la realidad y el mundo se comprimen a lo que atañe directamente a cada persona, a lo que la afecta de forma inmediata. Me interesa y me conviene conocer la porción de realidad que va a perjudicarme o a favorecerme en el presente, y apenas lo necesario para decidir cómo protegerme de ella o aprovecharla. De todo lo que pasa me basta saber apenas lo indispensable para ejercer control, evitar problemas y lograr con el menor esfuerzo lo que me propuse. Con ese mínimo de información le otorgo un nivel de significancia a las personas, métodos, conocimientos y objetos; todos ellos son más o menos relevantes de acuerdo a su efectividad, rapidez y eficacia respecto a lo que quiero o necesito. El mundo se experimenta como **hábito** porque el espectro de acciones que ejecutamos no es muy diverso, amplio ni original, por eso, para llevarlas a cabo, no hace falta pensar o conocer más allá de lo ya sabido o del sentido común.

El mundo que se experimenta en la vida cotidiana es acotado, estrecho, fragmentado, chato, aburrido e incomprensible en su falta de totalidad y en su eterno presente. La inconmensurabilidad temporal de la realidad no naturalizada, más que intimidarnos o atraernos, nos tiene sin cuidado; la pongo entre paréntesis, no por humildad ante su vastedad, sino porque no la percibo como real y menos aún como importante para mis fines prácticos. Por eso ni se me ocurre gastar tiempo o energía vital en comprender mejor, y menos aún en cambiar, mi medio social; es más urgente adaptarme a él y sacar ventaja, o no sucumbir. Además, todos conocemos ejemplos de personas que no se adecuaron, se rebelaron o que fracasaron en su intento de introducir modificaciones.

En la vida cotidiana los individuos son pragmáticos: piensan y ejecutan su acción de acuerdo a objetivos y fines muy concretos y perentorios. Pero la eficacia

de lo que hacen, o dejan de hacer, depende bastante del conocimiento y la conciencia que tengan acerca de los medios o recursos de los que disponen. Ser pragmáticos es hacer lo que sea para lograr los propósitos, es considerar los instrumentos o estrategias disponibles solo por su eficacia para conseguir los fines propuestos. Es ajustar los medios a las pretensiones, escoger los caminos y mecanismos más rápidos, económicos y certeros. Valorar los medios desde algún punto de vista ético-normativo y descartarlos por ese tipo de consideraciones, es ajeno al pragmatismo de la vida cotidiana, incluso es una práctica mal vista entre muchas personas que la consideran, no una manifestación de sensibilidad, altruismo y responsabilidad, sino un indicio preocupante de estulticia, enajenación o candidez.

El resultado que obtengamos de la combinación de medios a nuestro alcance y fines perseguidos, es lo que nos pone o nos saca de entre los que tienen **éxito**. En la vida cotidiana el éxito es cumplir las metas y tener lo que deseamos, pero sobre todo es sentirse aceptado y aprobado por las personas que nos interesan, o de las que tenemos una representación social muy positiva. "Éxito" también es orientarse en el entorno inmediato, no sentirse fuera de lugar o despistado, sobrevivir con facilidad y sin conflicto, sintiéndose bien en el mundo tal como es. Quien tiene éxito obtiene gratificaciones, es envidiado o tomado como modelo; está bien porque tiene, hace o es lo que ambiciona.

Para sentirme exitoso es imprescindible que los otros me reconozcan como tal, y lo hacen porque muestro las características de aquellos a los que se atribuye tener éxito. Hay muchas representaciones sociales en torno a qué es éxito y qué no, los estándares e indicadores son diferenciales por múltiples criterios: género, edad, ocupación, clase social, estado civil, lugar de procedencia y de residencia, fenotipo, profesión, características de la familia, membresías, etc.

Ejemplos: la posición económica es una forma de éxito reconocida en toda la sociedad occidental; hay otras particulares y exclusivas: el grupo de porristas de un colegio de barrio, los agentes de bolsa, los practicantes de yoga, las prácticas amorosas entre adolescentes, los académicos con doctorado, los travestis de Chapinero...

Los deseos y aspiraciones de personas y grupos están cada vez más influenciadas por ideologías, imágenes y representaciones que se difunden y refuerzan en los medios de comunicación. En las expectativas y anhelos de una persona se manifiestan los de su medio sociocultural; su concepción del mundo es reflejo de la que tiene la colectividad. Es claro, por un lado, que el éxito es una representación social, una construcción colectiva que se lleva a cabo en la vida cotidiana; y, por el otro, que en la sociedad, lo mismo que en la imagen que tenemos de nosotros mismos, se traslapan, se superponen o se contradicen muchas

formas de tener o no éxito, tantas como papeles sociales desempeñemos.

Pero, pese a esas implícitas diversidad y variabilidad, el éxito representa una permanente presión sobre las personas y tiene gran incidencia en la creación de representaciones sociales. Por eso, en últimas, el éxito es ser reconocidos como notables por los miembros del grupo al que pertenecemos, o como iguales por los que integran el medio al que queremos ingresar:

5. El papel, el ser y la máscara

Entre nuestro ser interior y el mundo hay muchas "capas", no estamos directamente expuestos. Una de ellas es la vida cotidiana, otra la cultura, una más, pero no la última, es la sociedad. La nave en la cual surcamos la sociedad y la cultura es el **rol** o **papel social**. Una sociedad sobrevive porque se ha dotado de un sistema de funciones que le permiten satisfacer sus necesidades, tanto las colectivas como las individuales. Cada persona desempeña diversas funciones sociales y adquiere por eso responsabilidades y derechos. Todos cumplimos distintos papeles de manera simultánea.

Por ejemplo: ser padre y ser hijo, empleador y empleado, esposo y esposa, profesor y estudiante, médico y paciente, víctima y victimario, jefe y subalterno, amigo y enemigo, nativo y extranjero, hombre y mujer, niño y anciano, amante y amado, comprador y vendedor, seductor y seducido...

Cada papel que interpreto me pone en relación con otros, en mis diversos desempeños estoy sujeto a normas. Ese sistema de papeles, funciones y reglas no siempre es coherente y complementario. Rara vez lo es. Hay personas que tienen más habilidades para desempeñar sus diferentes papeles sin que colisionen unos con otros, es más, los individuos bien habilidosos y versátiles logran que sus papeles se complementen y se sirvan entre sí.

Algunas personas cumplen sus diferentes funciones en ámbitos culturales, circunstancias sociales y entre personas muy distintos. Muchas se limitan a ir y venir, a entrar y salir por esos contextos, otras los comunican porque al fluir por uno y otro, de uno al otro, aprenden en ambos y llevan aprendizajes propios de uno al otro. Ellos recontextualizan saberes y esparcen otras formas de ser y hacer². Quienes se desempeñan en heterogeneidad de papeles y medios socioculturales suelen tener una experiencia más amplia de la existencia, aumentan sus fuentes de conocimiento, contrastan sus creencias con realidades desconocidas o extrañas, y, en consecuencia, tienen mayores posibilidades de “poner entre paréntesis”, o por lo menos mirar desde afuera su vida cotidiana.

Los roles que se desempeñan en el trabajo, el estudio y la vida cívico-social o política nos insertan en **instituciones**, y el conjunto de ellas conforma el universo de lo público. Las instituciones son las múltiples fuentes de normas que tiene una sociedad; es la red de regulaciones, mandatos y costumbres que van encauzando los comportamientos individuales, que marcan ciclos y pasos de uno a otro, que ordenan y sincronizan el proceso de socialización. Todo contexto sociocultural tiene sus reglas e instituciones propias.

Ejemplos: la institución empresa, escuela, familia, matrimonio, iglesia, tribunal, grupo, ley, vecindario, partido, organización, gremio, banda, relaciones filiales y/o fraternas, espíritu de cuerpo, obediencia debida...

El mundo de lo privado, contrapuesto al de lo público, es el que experimento al retornar al hogar; sitio éste en el que satisfago las necesidades relacionadas con el mantenimiento integral de mi cuerpo y mi vida física, emocional y psíquica; el lugar de los afectos y desafectos, de las alegrías y los dolores, del consuelo y la herida... del poder. La intimidad donde me esperan la familia, los amigos, la parejas y en circunstancias

especiales, los vecinos; el momento en el que somos hijos e hijas, padres y madres, hermanos y hermanas, novios y novias, vecinos y vecinas, amigos y amigas de alguien. Antes que un rol en acción, en la vida privada soy individuo particular, diferenciado y reconocido en esa especificidad, con pasado y linaje. Sin embargo, pese a connotar afecto, autenticidad y sosiego, el privado es un universo regido por reglas muy distintas de las que operan en la vida pública, pero tan claras y rígidas, o más.

Estar en el espacio público exige observar otras conductas y poner en juego diferentes destrezas. Requiere análisis, conocimientos objetivos, comunicación explícita y sujeta a unos procedimientos reglados, un actuar ajustado a normas claras. En la vida privada están el conocimiento rutinario y predecible, las decisiones emotivas, el actuar impulsivo o contenido, la intuición como guía de lo que se dice o se calla. El modo como salimos del atolladero en las situaciones íntimas más difíciles, pocas veces podría aplicarse a los desafíos que aparecen en la universidad, la fábrica, la oficina, la calle o el mercado.

La privada y la pública son dos vidas distintas pero imbricadas, a veces son tan opuestas que se vuelven antagónicas y excluyentes, otras lo son tan poco que podemos comportarnos igual en las dos. En ocasiones experimentamos esa diferencia de manera muy fuerte, como una ruptura total que nos exige ser dos personas distintas habitando un mismo cuerpo tensionado. En otras la semejanza

² Esta idea se puede profundizar en muchos ensayos de Antanas Mockus. Se le puede rastrear como “anfibia cultural” o “divorcio ley, moral y cultura”.

es tan grande —o nuestra capacidad para discriminar tan poca— que sentimos la experiencia de vivir como un apacible discurrir sin tropiezos.

Ambos universos, el público y el privado, uno racional-objetivo, el otro emocional-subjetivo, plantean retos, nos ponen frente a situaciones difíciles que deben ser afrontadas. Algunas personas disponen de mayores recursos para vivir esos mundos distintos de manera placentera y armónica, sintiéndose tranquilos y capaces en ambos. Otras, al contrario, tienen que dejar de ser en uno lo que son el otro y eso les produce un intenso sufrimiento; sus esfuerzos no se ven recompensados con lo que obtienen y entonces sienten que no casan, que no engranan, que no tienen un lugar suyo en el enorme cosmos.

Hay un tercer grupo de personas, las que al no poder diferenciar lo público de lo privado se ven sometidas a menudo a sufrir desaires, críticas, reproches, burlas, sanciones, rumores, rechazos, malas evaluaciones. Están incómodos y frustrados pero no saben qué hacer; ensayan y yerran, se agotan o son el hazmerreir.

Por último hay unos pocos individuos que saben y entienden que el público y el privado, el externo y el interior, son mundos distintos y que una persona no puede ser idéntica en los dos pero, aún sabiéndolo, han escogido, de forma autónoma y conciente, no escindir-se; deciden mantener sus ideologías políticas o religiosas, sus principios éticos o morales y actuar siempre y en todo lugar

en consecuencia con ellos aunque eso les represente sufrimiento y conflicto.

6. Legados, encargos y expoliaciones

¿Qué recursos son esos que ayudan a tener una mejor experiencia de vida? Y lo contrario ¿Qué lo obstaculiza o impide? No es sólo un asunto de personalidad y actitud. Son **factores protectores** y **factores de riesgo** que tienen un mismo origen: están en la cultura y en la familia, también en el lugar que nos criamos y las formas particulares como pasamos de niños a adultos.

La familia es el punto de partida de nuestra inserción en la sociedad, es con sus patrimonios y recursos que arrancamos y son los únicos de los que dispondremos por todo el tiempo que nos tome adquirir nuestro propio capital cultural, social, simbólico y económico. Nuestros padres, madres y parientes cercanos también nos muestran estilos particulares de relacionarse con otras personas, de ellos aprendemos a ceder o imponer, a comunicar o callar, a manipular o razonar. Ellos nos entregan su diagnóstico del mundo, esa lectura es la primera que orienta nuestras acciones mientras construimos una propia. Es su mundo el que vivimos hasta que salimos a explorar.

La primera salida vacilante que hacemos nos pone en la calle, sea de un barrio o una vereda; después voy a estudiar y el mundo se despliega ante mí. Me maravillo y me aterro, me motiva y me hastío, me siento seguro o me lleno de angustia, me creo capaz o presiento que no voy a poder. Me dispongo a aprender y vivir, o me pongo a la defensiva y me protejo en la reclusión emocional o intelectual. Al regreso de cada incursión traigo conmigo cosas de afuera: conocimientos, ideas, valoraciones, miedos y deseos.

Es así, en ese constante entrar y salir, que tomo conciencia de mis debilidades y carencias, y me lleno de coraje para superarlas, o aprendo a evadirlas o

disimularlas. De esa forma también voy dándoles un estatus a los demás: son competidores o socios, instrumentos o aliados. Me explico mis condiciones de vida en relación con los otros: soy víctima inocente de la maldad o el egoísmo ajeno; nací con mala suerte o un destino adverso ya trazado; soy producto de la mediocridad colectiva y todos son culpables; no tengo la inteligencia o la actitud adecuadas. Decido si miento o convenzo, si confío o amedrento. Establezco qué quiero o hago lo que se puede.

Esos sentimientos y autoimágenes hacen las veces de equipaje, caja de herramientas y monedas que utilizo de ahí en adelante para vivir la vida. Al cabo de los años me he convencido de que no luché, desperdicié o fui despojado; de que el mundo está en deuda conmigo o que recibí más de lo que merecía; de que no tengo nada pero nadie me quita lo bailado.

G

BIBLIOGRAFÍA SUGERIDA

- Berger, Peter y Luckmann, Thomas. *Construcción social de la realidad*. Amorrurtu Editores. Buenos Aires: 1968.
- Bourdieu, Pierre y Passeron, Jean Claude. *Mitosociología*. Editorial Fontanella S.A. Barcelona: 1975.
- Bruyn, Severin T. *Perspectiva humana en sociología*. Amorrurtu Editores. Buenos Aires: 1972.
- Castro Carvajal, Beatriz (Editora). *Historia de la vida cotidiana en Colombia*. Grupo Editorial Norma, Santafé de Bogotá, 1996.
- Coulon, Alain. *La etnometodología*. Colección Teorema. Ediciones Cátedra. Madrid: 1988.
- Garrido, Margarita. "La vida cotidiana y pública en las ciudades coloniales". En: Castro Carvajal, Beatriz (op.cit) Págs. 131-158.
- Geertz, Clifford. *Conocimiento local*. Ediciones Paidós. Buenos Aires: 1994
- Giddens, Anthony. *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Editorial Península. Barcelona: 1997
- Heller, Agnes. *Sociología de la vida cotidiana*. Ediciones Península. Madrid: 1980
- Heller, Agnes. *Revolución de la vida cotidiana*. Ediciones Península. Barcelona: 1982.
- Heller, Agnes. *Historia y vida cotidiana*. Colección Enlace. Editorial Grijalbo. México: 1985.
- Heller, Agnes. *El hombre del Renacimiento*. Ediciones Península. Barcelona: 1980.
- Hoyos, Guillermo. *Los intereses de la vida cotidiana y las ciencias*. Ediciones Universidad Nacional. Bogotá: 1986.
- Kosik, Karel. *Dialéctica de lo concreto*. Colección Enlace. Editorial Grijalbo. México: 1984.
- Lakoff, George y Johnson, Mark. *Metáforas de la vida cotidiana*. Colección Teorema. Ediciones Cátedra. Madrid: 1991.
- Lefebvre, Henri. *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Alianza Editorial. Madrid: 1980.

Miguel, Amando de. *Introducción a la sociología de la vida cotidiana*. Colección de Divulgación Universitaria # 19. EDICUSA. Madrid: 1969.

Mockus, Antanas. "Anfibios Culturales y divorcio entre ley, moral y cultura". En: Revista ANALISIS POLITICO. No. 21. Bogotá, Abril de 1994. Páginas 37-48. Versión pdf en Biblioteca Virtual Luis Ángel Arango.

Núñez Varón, Jaidivi. *Guía para el análisis de la conflictividad*. Confederación Colombiana de Cámaras de Comercio, CONFECAMARAS, Bogotá 2004. Versión pdf En: <http://www.oim.org.co/anexos/documentos/publicaciones/libro79.pdf>

Ocando, Hugo. *Mitos de la vida cotidiana. La fantasía transformada en realidad*. Monte Avila Editores. Venezuela, 1991.

PEÑA Frade, Ruth Nayibe. "Vida cotidiana en el Departamento de Sociología". Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Sociología. Bogotá, Septiembre de 1992.

Schutz, Alfred. *El problema de la realidad social*. Amorrurto Editores. Buenos Aires: 1974.

Schutz, Alfred. *Estructuras del mundo de la vida*. Amorrurto Editores. Buenos Aires: 1977.

Wolf, Mauro. *Sociologías de la vida cotidiana*. Editorial Cátedra. Colección Teorema. Madrid: 1979.